

## DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA

Encuentro anual con los moderadores de los movimientos eclesiales

"Prevención de los abusos sexuales:  
el compromiso de las asociaciones y movimientos eclesiales"

*Curia general de los Jesuitas, 13 de junio de 2019*

### **Los abusos sexuales: por una responsabilidad eclesial compartida**

Linda Ghisoni

*Subsecretario*

Durante el encuentro dedicado a la protección de menores, convocado por el Santo Padre en el Vaticano, el pasado mes de febrero, a pesar de la clara invitación que resonó en la sala, en las palabras introductorias del Santo Padre y en las intervenciones de los Relatores, no faltaron Presidentes de Conferencias Episcopales, que dijeron que no habían iniciado ningún procedimiento, ni siquiera para indicar a quién dirigirse para informar sobre eventuales abusos sexuales, porque en sus territorios, según ellos, no ocurrían brutalidades de ese tipo. Dos presidentes, en particular, me aseguraron que no tenían casos de abusos en sus territorios. Y, sin embargo, ¡las estadísticas — siempre inadecuadas debido al silencio de muchas víctimas — nos ilustran una situación dramática en esos dos países!

Era evidente que no les resultaba que hubiera casos de abuso a estos prelados: después de todo, no habían establecido las vías para denunciarlos y, de hecho, ¡ellos mismos los negaban a priori! ¿Con qué coraje una víctima, que hace mil escrúpulos antes de hablar, se podría dirigir a los eclesiásticos que niegan a priori?

Estar presente en esta jornada, en calidad de moderadores o delegados de asociaciones laicas, movimientos eclesiales y nuevas comunidades, es de por sí un signo de disponibilidad por parte de todos ustedes. Pero, aun así, es evidente que la presencia no es suficiente. Es necesario que nos dejemos interpelar, que no nos neguemos a priori, que nos dispongamos, con la humildad necesaria, a aprender y a enfrentarnos con confianza, sin prejuicios, sabiendo que este Dicastery de la Santa Sede, a través del encuentro de hoy, se hace intérprete de las prioridades identificadas por

el Santo Padre al servicio de la Iglesia universal y pretende estar a su lado, apoyándolos y acompañándolos.

## 1. Escuchar a las víctimas

En la asamblea universal y compleja del encuentro de febrero hemos aprendido un método de trabajo muy fructífero, deseado por el Santo Padre: un método riguroso, que ponía en el primer punto de cada jornada un largo momento de escucha de las víctimas, acompañado por la escucha de la Palabra de Dios y minutos de silencio.

La escucha de las víctimas antepuesta a cada palabra y actividad: un método al que nos inició Benedicto XVI, el cual, asombrando al mundo, en ocasión de sus numerosos viajes, promovió encuentros con víctimas de abusos<sup>1</sup>. Un método que incluso el Papa Francisco cultiva y nos invita a hacer el nuestro.

Comenzar cada reflexión escuchando en primer lugar a las víctimas, corrige nuestra actitud, a veces resistente y mojigato, dirigida a considerar el abuso sexual como un problema, un fenómeno – como decía el Prefecto – pero olvidando a las personas involucradas, sus familias, sus vidas, en las que se ha plantado «una semilla de muerte», como nos escribió una víctima.

Esta joven mujer, a quien llamaremos Eleonora, miembro de una asociación reconocida por nuestro Dicastery, sólo después de 20 años encontró el coraje de denunciar los abusos sexuales sufridos durante años en la asociación. Gracias a ella, otros se han atrevido a hablar. Sin embargo, nos escribió: «Temo sobre todo las retorsiones... Tengo mucho miedo de exponerme, pero quiero salir del sistema de la ley del silencio que me ha hecho callar durante años, porque por fin me he dado cuenta de que también **mi silencio agrava la culpa y obstaculiza la verdad, haciéndome cómplice del mal y del pecado**. Es riesgoso y muy doloroso, estando dentro de la asociación, hacer esta declaración, sin embargo, el amor por la verdad y la obediencia al Santo Padre ... están por encima de cualquier riesgo personal. Estoy dispuesta a pagar en persona por esta causa. ¡Esta es mi historia!» [*En negrita en el original*].

Eleonora narra los hechos, los sitúa en el espacio-tiempo, no faltan los detalles dolorosos y las palabras manipuladoras que la han inducido, a partir de sus 26 años, a ser víctima de abusos, sin lograr sustraerse, precisamente a causa de las manipulaciones psicológico-espirituales que el sacerdote, que ocupaba un puesto de autoridad, adoptó. Dice así: «La conversación se fue deslizándose gradualmente hacia la esfera afectiva. [Ese sacerdote] afirmó que para hacer frente a la

---

<sup>1</sup> Cabe destacar el encuentro con ocho víctimas en la Nunciatura Apostólica de Rabat, el 18 de abril de 2010; y otros encuentros con víctimas en ocasión de sus viajes a Estados Unidos, Australia, Reino Unido, Malta, Alemania.

vocación eran necesario el equilibrio psicológico y la madurez afectiva. De lo contrario, me dijo, se corre el riesgo de caer en un estado en que uno se encierra en sí mismo, y la oración se convierte fácilmente en una forma de masturbación espiritual, una forma de escapar de la realidad ... Continuó afirmando que, según él, yo era impenetrable y fría emotivamente. Todo su planteamiento estaba orientado a demostrarme que necesitaba derretir mi cuerpo, que tenía que ser más libre y afectuosa, porque de lo contrario en la comunidad correría el riesgo de convertirme en lesbiana. Me repetía que hacía eso sólo por mi propio bien. Como padre, quería ayudarme a alcanzar el equilibrio necesario para enfrentar la vida de oración». Y continúa: «Me explicó que, si bien en esta intimidad no había nada malo, ni era pecado, porque ambos éramos puros y no teníamos segundas intenciones, teníamos que mantener “nuestro secreto”: según él, se trataba de una experiencia muy elevada de intimidad entre vírgenes».

Escuchar testimonios como éste no es una manera de satisfacer una curiosidad morbosa, ni tampoco un ejercicio de conmiseración, sino que tiene que ver con nuestra honestidad y comporta para nosotros un encuentro con la carne de Cristo, en la cual se infligen heridas que, como lo ha sostenido varias veces por el Papa Francisco, "nunca desaparecen"<sup>2</sup>.

Por lo tanto, no tenemos miedo de acercarnos a la escucha de aquellos que, en nuestras asociaciones, nos incomodan con noticias, a veces dolorosas, porque en él se realiza para nosotros el encuentro con el cuerpo de Cristo que, incluso después de Resucitado, conserva visibles los signos de la pasión y muerte, y nos permite, como lo expresa magistralmente el Cardenal Tagle, hacer la más alta profesión de nuestra fe, sólo si estamos en contacto con las heridas de la humanidad<sup>3</sup>.

## 2. ¿Por qué somos cuestionados como movimientos eclesiales?

Demos un paso adelante. ¿Por qué tenemos que ocuparnos hoy, como movimientos eclesiales, de los abusos sexuales?

Podemos darnos una primera respuesta: nos ocupamos de este tema porque es un fenómeno difuso, grave socialmente, que está afectando a muchas familias, y hay que resolverse desarrollando estrategias apropiadas.

---

<sup>2</sup> Carta al Pueblo de Dios, 20 de agosto de 2018, n. 1.

<sup>3</sup> cf. Luis Antonio G. TAGLE, «The Smell of the Sheep: Knowing their pain and healing their wounds is at the core of the shepherd's task», en: *Consapevolezza e purificazione. Atti dell'incontro per la Tutela dei minori nella Chiesa (Città del Vaticano 21-24 febbraio 2019)*, Ciudad del Vaticano 2019, 26-27; A este respecto, véase también EG, 270: «A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana».

Esta es una respuesta inspirada en válidas razones, que nos sitúan socialmente y solicitan nuestro compromiso, pero, de todos modos, ni más ni menos que el compromiso solicitado a cada hombre y mujer, católicos o no, cristianos o no.

Indudablemente, se cierne sobre nosotros el compromiso, como con toda mujer y todo hombre de buena voluntad, independientemente de su afiliación religiosa, confesional, política. Pero la razón para nosotros es que somos miembros de la Iglesia. Si somos miembros vivos, las heridas de un miembro son advertidas también por mí, me provocan dolor. Si no advierto dolor, he sido amputado del cuerpo, tal vez con la presunción de arreglármelas solo.

Como bautizados, comprometidos con nuestras realidades asociativas eclesiales, constitutivamente somos miembros del cuerpo eclesial, nacidos y destinados a la comunión.

La "responsabilidad eclesial compartida" como reza el título de esta ponencia, se basa, por lo tanto, en razones que no son meramente sociales, sino que se basan en la naturaleza propia de la Iglesia como misterio de comunión en el que nacemos y que nos urge a no "amputarnos" o, peor todavía, a no amputar miembros incómodos, por el hecho de estar heridos.

Únicamente basándonos en este fundamento bautismal, urge y adquiere un sentido completo cualquiera de nuestras acciones para hacernos cargo, en nombre del sacerdocio común del que estamos revestidos, de los desafíos relacionados con los abusos sufridos por nuestros hermanos y hermanas más frágiles, abusos que han dividido esta comunión.

Es beneficioso, como laicos, volver siempre, con gratitud y con inquietud, a nuestra pertenencia a la Iglesia como a un cuerpo. Nos ayudan dos pasajes tomados de la exhortación apostólica *Christifideles Laici*: «Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la "identidad" de los fieles laicos, su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se pueden definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo» (ChL, 8).

Esta nuestra pertenencia, por lo tanto, nos atribuye el nombre y, en el nombre, también la misión que nos ha sido confiada. La *Christifideles Laici*, al recordar nuestra dignidad de hijos, de bautizados, nos hace partícipes, por nuestra parte, del «triple oficio – sacerdotal, profético y real – de Jesucristo», se detiene en la participación en el oficio profético de Cristo que «habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía» (ChL, 14).

Esta renovada conciencia bautismal-eclesial-comunitaria nos empuje a ocuparnos de manera competente, responsable y amorosa de las personas involucradas, de lo que sucedió, para que la prevención no se agote en las buenas intenciones, sino que constituya una actitud pastoral ordinaria.

Siendo, la que se nos ha confiado, una responsabilidad nativa, no accesoria, estando íntimamente relacionada con nuestra condición de ser Iglesia, no podemos estar en paz con nuestros planes pastorales asociativos, ni siquiera con los mejores, si no estamos injertados en el actual *καρπός* de comunión eclesial.

### **3. La trama de los abusos de poder, de conciencia, sexuales**

Sin embargo, incluso esta comunión nativa a veces es manipulada por segundas intenciones.

Leo en una carta reciente de otra víctima, a quien llamaremos Susan, perteneciente ella también a una asociación laical cuando sufrió abusos sexuales cometidos por un sacerdote, que ocupaba un papel de responsable en la asociación: «Precisamente, en nombre de la comunión trinitaria, me pedía a mí y a las demás la "comunión desnudos" – así lo llamaba – y todo el resto ... además del silencio cómplice. [...] Era precisamente la estructura rígidamente "comunional" y la distorsión de la comunión trinitaria lo que permitía las humillaciones, el condicionamiento, la manipulación y los abusos de poder, de conciencia, sexuales, y los perpetuaba en la ley del silencio».

De estas torturas sufridas durante 15 años consecutivos, en nombre de la llamada "comunión trinitaria", se comprende que es necesario purificar nuestro concepto de comunión eclesial.

Tal como testimonia Susan, se cometen abusos sexuales en nombre de una comunión malentendida y manipulada, pero también se comenten abusos de conciencia y de poder, con modalidades que se presentan aún más solapado.

Susan lo explica muy bien: «En mi experiencia en la asociación, he constatado dolorosamente que lo que permite los abusos de poder es también una interpretación distorsionada y las prácticas consiguientes del "carisma de síntesis", que en el gobierno se ha convertido en autorreferencialidad, autocomplacencia, uso funcional de la persona en base a para qué sirve en este momento, y llevar todo, después de un aparente discernimiento comunitario, a las decisiones de un único responsable ... El "carisma de la síntesis" se convierte inevitablemente en la "síntesis de los carismas" y se acaba estancado en una estructura piramidal, mientras se afirma que se gobierna con corresponsabilidad y en observancia de la subsidiariedad».

El abuso forma parte de una dinámica de poder, supremacía, dominio hacia una o varias personas que se encuentran en una situación de vulnerabilidad existencial y dependencia: puede ser por la edad, por circunstancias de la vida, por necesidades afectivas personales. Así pues, ¡atención a hablar, en casos similares, de adultos que estaban de acuerdo!

Quien abusa sexualmente elige a la víctima, se pone a salvo a través de un sistemático juego de poder en el cual la manipulación afectiva y la reorganización perversa de la realidad cotidiana de la víctima juegan un papel central. El abuso sexual, por lo tanto, viene de lejos, está preparado y precedido por un conjunto de actos de abuso de poder. El abuso sexual es la punta del *iceberg* de un sistema de abusos. Siempre. La manipulación después lleva a la víctima al aislamiento, creando una barrera entre ella y el mundo, de tal modo que el abusador se acapara un lugar central en la vida de la víctima, reduciéndola a la ley del silencio, del que escribían Eleonora y Susan, citadas más arriba.

«No se puede — así se expresa el Papa Francisco — comprender el fenómeno de los abusos sexuales a menores sin tomar en consideración el poder, en cuanto estos abusos son siempre la consecuencia del abuso de poder, aprovechando una posición de inferioridad del indefenso abusado que permite la manipulación de su conciencia y de su fragilidad psicológica y física»<sup>4</sup>.

#### **4. Efectos espirituales de las relaciones abusivas**

Los comportamientos abusivos, a nivel sexual, de poder, de conciencia, íntimamente relacionados entre sí, no sólo perjudican a la Iglesia y su imagen, causando desconfianza, dudas, escándalo, sino que a menudo crean daños irreversibles en las víctimas, produciendo traumas psicológicos, la incapacidad de asumir compromisos, daños espirituales permanentes, pérdida de la fe.

Una vez más, es una víctima, Renate, quien expresa, con palabras bien lúcidas, las consecuencias espirituales de los abusos sufridos durante años: «En estas experiencias de abuso — que Renate sufrió de un primer sacerdote y después de un segundo, ¡al cual se había dirigido para que la ayudara a recuperarse de los abusos del pasado! — puedo decir que se ha sembrado en mi alma y en toda mi persona algo que está en el orden de la muerte. Hoy, y esto se acentúa con el paso de los años, siento que ya no tengo acceso a Dios, que ya no puedo comunicarme con él, ni en soledad, ni en las celebraciones comunitarias. De esto deriva el sentimiento de ser descartada, excluida de esta comunión, de la presencia de Dios, de su amor. La oración personal es cada vez más difícil y cuando me pongo en silencio en un lugar de oración, me asaltan esas imágenes, esos recuerdos de los abusos sufridos... que recién hoy sé que eran abusos ... Me viene un disgusto por las cosas de Dios. Una cosa, ¡ésta, aún más intolerable, porque le he entregado toda mi vida! Siento mucho dolor incluso cuando me confieso, ya no puedo vivir este sacramento por lo que sé que es, porque algo se ha anudado irremediabilmente en lo más profundo de mi ser ... Como a menudo me

---

<sup>4</sup> FRANCISCO, «Discurso conclusivo», en: *Consapevolezza e purificazione. Atti dell'incontro per la Tutela dei minori nella Chiesa (Città del Vaticano 21-24 febbraio 2019)*, Ciudad del Vaticano 2019, 159-160.

asaltan muchas tentaciones de abandonar mi compromiso en la comunidad, me siento culpable por no estar en total verdad con los demás ... ¿Y cómo puedo estar segura de que no se ha falseado el discernimiento de mi vocación, ocurrido durante el acompañamiento espiritual y en confesiones en las que dos hombres de la Iglesia abusaban de mí desde que fui mayor de edad? ¿Cómo puedo creer que algún día seré capaz de reconocer cuál es la voluntad de Dios para mí?».

Y agrega: "Hoy, junto con aquellos que han denunciado, soy blanco de críticas feroces, de oposición violenta de parte de algunos, entre los cuales algún buen Pastor, que sigue repitiendo que uno de esos sacerdotes era tan bueno. Es una nueva traición que se verifica dentro de la Iglesia. Estas personas son, en mi opinión, lobos aulladores que penetran en el redil para asustar aún más y dispersar al rebaño, mientras que deberían ser precisamente ellos, los Pastores de la Iglesia, que se ocupen de los más pequeños y los protejan».

Palabras, éstas, que se comentan por sí solas.

## 5. El compromiso de las asociaciones y movimientos eclesiales

El desafío hoy en día, en sus agregaciones eclesiales, consiste en crear ambientes sanos, de servicio verdadero y libre al Señor y al Evangelio; necesitamos información, procedimientos transparentes; necesitamos invertir en una formación adecuada a nivel afectivo-sexual; necesitamos también reconsiderar las estructuras. Me dirán que a menudo ustedes no tienen estructuras. Y, sin embargo, existen estructuras y dinámicas relacionales, en las ocasiones de encuentro entre ustedes y con los destinatarios de su apostolado, que influyen fuertemente en las personas, en su formación, su crecimiento y su libertad.

Como observa Hans Zollner en un estudio, «diferentes realidades *estructuradas* que se jactan de ser muy seguras, cuando superan un cierto límite de estructuración, se vuelven rígidas, restrictivas, lo que aumenta el riesgo de abuso. Lamentablemente, lo vemos todos los días: instituciones y entes eclesiásticos que afirmaban estar muy cercanos a la doctrina de la Iglesia y llevar la bandera de la ortodoxia, hoy están siendo procesados por abusos» [...] «El otro extremo está representado por las instituciones *subestructuradas* en las que hay demasiada fluidez, no existen reglas precisas y, sobre todo, no hay puntos de referencia claros. Y sin embargo, el equilibrio y la claridad de los roles y responsabilidades ayudan en el trabajo de la prevención»<sup>5</sup>.

Un estilo gerencial autoritario y restrictivo, basado en reglas rígidas, que en realidad no involucra a los miembros, no los informa y no los consulta realmente, difunde mensajes

---

<sup>5</sup> Hans ZOLLNER, «La tutela dei minori e la prevenzione», en: *Abusi sessuali nella Chiesa? Meglio prevenire*, Luisa BOVE, (cur.), Milano 2017, 24-25.

subliminales de grupo, que excluyen a quienes ejercen una crítica. E incluso cuando hay una falta de reglas y los roles son poco claros, se crean relaciones en las que el riesgo de abusos de cualquier tipo es mayor.

La responsabilidad eclesial que se nos confía no pide, por lo tanto, que vigilemos, que no seamos ingenuos, que prevengamos, estableciendo relaciones sanas, libres, no subordinadas a nosotros mismos.

Precisamente, Renate nos escribió que la falta de distinción entre ámbito de la conciencia y ámbito de gobierno fue la causa de confusión para ella que, en su abusador, tenía a la persona responsable del lugar en el que vivía y además a su confesor y padre espiritual. Solo después de que esa asociación modificó los estatutos para distinguir los roles, surgieron las denuncias y, según dice Renate, se creó un elemento disuasorio para los abusos de cualquier tipo.

## **6. Elementos conclusivos: del Gólgota a la profecía**

Eleonora, Susan, Renate: son mujeres de tres diferentes asociaciones de fieles. Mujeres que, como todas las víctimas de abuso de poder, de conciencia, sexual, han vivido el Gólgota, prolongado a veces durante años, un Gólgota no a cielo abierto, sino encerrado entre cuatro paredes, a menudo con luz tenue, consumado en los chantajes, para comprar ese silencio suyo que las ha llenado de sentimiento de culpa. Los abusos las han clavado en una cruz que nadie podía ver, precisamente porque estaba izada en un Gólgota secreto. Y a veces, incluso los terceros que sabían o imaginaban, eran a su vez víctimas o cómplices, elevando de este modo a sistema los abusos físicos, morales, psicológicos y espirituales.

Destapemos estos Gólgotas oscuros. El Dicastery está a su lado para asesorarles y apoyarles en esta responsabilidad eclesial compartida. Tenemos la honestidad y el coraje de romper las mallas de la manipulación y el abuso, de vivir nuestra vocación y misión de anunciar la liberación de los prisioneros, de anunciar que el Señor «desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes» (Lc 1, 51-53).

Esta es la profecía que, en virtud del bautismo y de nuestra condición de miembros vivos de la Iglesia, nos ha sido entregada. Actuemos como Iglesia, como madre, que no prostituye a sus propios hijos, que no pone en pie nuevos Gólgotas, sino que previene, con plena conciencia, con prudencia, invirtiendo en una formación adecuada.

Nos lo piden mujeres como Susan, que entretanto ha emprendido un largo camino de sanación. A ella le cedo la palabra para cerrar mi intervención: «Si es cierto que las heridas no prescriben, también es cierto que creo, por la fe, que Jesús resucitado es capaz de transfigurarlas y



hacerlas gloriosas como las tuyas. Más que una "víctima" ahora me siento como una "sobreviviente" del poder de la muerte, porque en mi horizonte hay una piedra removida y una tumba vacía. En ese jardín me encuentro con Jesús resucitado, mi Maestro y Señor, que cada día, con ternura, me llama por mi nombre».

